

10. Una adoración totalmente nueva

“Jesús se quedó mirándolo, lo amó y le dijo: (...) ven y sígueme” (Mc 10,21)

Todo el don del tesoro está en estas palabras, en este acontecimiento, en esta experiencia, en este ofrecimiento de Jesús a nuestra vida. El tesoro le fue regalado al joven rico de forma tan evidente que ya ni siquiera necesitaría cavar en el campo, ni siquiera comprar el campo para conseguir el tesoro. El tesoro era una perla que Jesús puso libremente en su mano. Bastaba con tomarla, bastaba con recibirla.

¿Por qué no la tomó? Porque no la estimaba. Lo comparó con sus posesiones y su corazón lo estimó equivocadamente. El joven rico despreció el tesoro, despreció a Cristo. Y esto significaba que no lo prefería a Él, sino a otra cosa. Y este es un asunto en el que está implicada la alegría. Porque uno prefiere aquello en lo que pone su alegría. El joven decidió poner su alegría en sus riquezas. Pero ¿puede uno encontrar la verdadera alegría en lo que no es Cristo, en lo que se opone a Cristo, cuando ya hemos encontrado a Cristo al revelarse como el tesoro absoluto de nuestro corazón, de nuestra vida? Esto es lo más triste del episodio del joven rico, y de todos los episodios semejantes, incluso de los que a veces experimentamos en nosotros mismos o vemos en los demás: que, al elegir poner la alegría en sus riquezas, este joven la pierde totalmente, pierde también la alegría en sus riquezas.

¿Qué debemos hacer para no elegir la tristeza en lugar de la alegría? ¿Qué debemos hacer para no resignarnos a la tristeza? No debemos trabajar en la alegría misma, en nosotros mismos, porque eso es como querer ver la belleza preocupándonos sólo de nuestros ojos, o pretender salvaguardar el buen funcionamiento de nuestras piernas masajeándolas en lugar de caminar o correr. Debemos trabajar en la estima de Cristo, en la preferencia de Cristo, es decir, en la adoración. Debemos cultivar la adoración. Para cultivar la alegría, para elegirla una y otra vez, para no encontrarnos deslizándonos hacia la tristeza, debemos cultivar, elegir la adoración.

¿Cómo? ¿Qué significa adorar? ¿Qué significa preferir? Adorar a Cristo significa reconocer, afirmar, que Jesús es el tesoro absoluto de nuestra vida. Pero dicho así, no significa nada, no entendemos lo que debemos hacer, y tal vez nos limitamos a definiciones o prácticas piadosas de adoración, donde adorar a Dios en Cristo ya no depende de un anhelo religioso, sino de un escrúpulo lleno de miedo.

Es importante comprender que la adoración a Cristo, y por tanto la alegría que nos viene de Él, está dictada ahora por la forma en que Dios se nos presenta, se nos ofrece. Y esto es algo nuevo, totalmente nuevo en comparación con todas las manifestaciones de Dios y, por tanto, con todas las formas de culto que se han expresado en todas las religiones, e incluso en la judaica. Cuando Dios se manifestó en la zarza ardiente, o en el Sinaí, Moisés y el pueblo no supieron estar ante aquellas teofanías. La primera reacción fue una adoración de terror, era como si el hombre se sintiera aplastado por la manifestación divina. Era como si la teofanía fuera para el hombre una amenaza de muerte. De hecho, cuando Moisés pidió a Dios: “¡Muéstrame tu gloria!” (Ex 33,18), Dios le respondió: “Yo haré pasar ante ti toda mi bondad y pronunciaré ante ti el nombre del Señor, pues yo me compadezco de quien

quiero y concedo mi favor a quien quiero. (...) Pero mi rostro no lo puedes ver, porque no puede verlo nadie y quedar con vida". (Ex 33,19-20)

Qué vuelco total cuando, como comienza la carta a los Hebreos, "En muchas ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a los padres por los profetas. En esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo, al que ha nombrado heredero de todo, y por medio del cual ha realizado los siglos" (Heb 1,1-2). ¡Qué vuelco total cuando el tremendo Dios del Sinaí viene a revelarse en un Niño y es adorado por unos simples pastores!

Los Magos se habían preparado para adorar a un Dios tremendo y favorecerle con oro, incienso y mirra. Y aquí se encuentran ante un niño indefenso, que ciertamente no inspira ningún temor, ningún santo temor. Se postran y lo adoran, pero ya no es un gesto dictado por su elevada experiencia y sabiduría religiosa. Es un gesto nuevo, una liturgia nueva, *dictada por la forma en la que Dios se manifiesta, en la que Dios se hace presente*. Es un gesto que ciertamente expresaron también los pastores, ellos también en la escuela no de una gran tradición religiosa y sapiencial como los Magos, sino en la escuela del Niño mismo, de la presencia con la que Dios había venido a manifestarse, directamente a ellos, a ellos personalmente.

Un Dios que se hace presente así, en un ser humano verdaderamente tal, desde la concepción, el nacimiento, las etapas de la vida, hasta la muerte, ¿qué culto puede exigir? ¿Qué reconocimiento de su divinidad puede exigir? ¿Cuál es el templo de la adoración de Jesucristo?

Recordemos el primer encuentro de Juan y Andrés con Él.

"«Rabí (que significa Maestro), ¿dónde vives?». Él les dijo: «Venid y veréis». Entonces fueron, vieron dónde vivía y se quedaron con él aquel día; era como la hora décima." (Jn 1,38-39)

La nueva forma del culto a Dios en el Verbo hecho hombre es esta morada, esta *permanencia con Él*. El nuevo templo es la relación con Él, mirándole y escuchándole, dejándose mirar y hablar con Él. *El Templo nuevo es la amistad con Jesús*.

Este es precisamente el *habitare secum* de san Benito. Benito "habitaba consigo mismo porque, vigilándose siempre, viéndose siempre bajo la mirada del Creador y sometiéndose siempre al examen de su conciencia, no dejaba vagar fuera de sí el ojo de su espíritu". (San Gregorio Magno, *Diálogos*, II,3)

"Viéndose siempre bajo la mirada del Creador - *ante oculos Conditoris se semper aspiciens*". Esto significa que el recogimiento de san Benito era una relación, un estar ante Dios, un intercambio de miradas, la contemplación de la mirada de Dios sobre él, un sentirse definido más por la mirada de Dios que por la suya propia. Benito hizo suya la mirada de Dios sobre él, se miró a la luz de Dios, que es la verdad más profunda que se puede tener de uno mismo, porque ninguna mirada nos ve como somos y como estamos llamados a ser más y mejor que la mirada de Aquel que nos hace, que nos ama, nos crea, nos llama, nos envía.

No era una autopreservación moralista, la de Benito. No era una guarda de su perfección, de su pureza, de su recogimiento, de su silencio, de su virtud. Era, en cambio, mantenerse en la posición humilde y confiada de quien permite a Dios moldear en cada momento nuestra perfección, nuestra pureza de corazón, la pureza de nuestros pensamientos, de nuestras palabras, de nuestro cuerpo; la posición que permite a Dios crear Él mismo nuestro recogimiento, nuestra virtud, nuestra oración.

Imaginad si Andrés y Juan no tuvieron esta experiencia al morar aquel día con Jesús. Por eso nunca más se despegaron de Él, a pesar de todo lo que en ellos necesitaba ser formado, corregido, restaurado, perdonado.

La adoración que reconoce el tesoro que Cristo es para nosotros, y por tanto el secreto de la alegría en Él, por el hecho mismo de haberse hecho hombre, de haber vivido y vivir entre nosotros como hombre, es *estar con Él*, esta relación, este mirarle a Él que nos mira, este tú por tú, esta amistad que Él vino a vivir con nosotros.

“Mira, estoy de pie a la puerta y llamo. Si alguien escucha mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo”. (Ap 3,20)